

Santayana frente al 98

En Harvard, Babbitt fue coetáneo y colega de Jorge Santayana, a quien admiraba por su fineza crítica y su prosa inglesa, superior a la de Walter Pater —el filósofo del arte que había sido maestro de Babbitt— pero repudiaba lo que llamaba su «hedonismo platonizante» y que enseñara filosofía de la historia, disciplina que, para él, equivalía a un fatalismo inaceptable y excluyente de una voluntad capaz de configurar libremente la historia⁹.

Filósofo y poeta, Santayana tenía una visión universalista centrada en las ideas, donde se sentía, como él escribió, *un huésped del mundo* pero, nacido en España, no cortó jamás los lazos con su tierra natural, adonde volvió muchas veces. Hablaba y escribía en castellano y conservó hasta su muerte el pasaporte español con el cual se movía por el mundo. Pero sobre todo fue importante que, a pesar de su formación intelectual anglosajona, mantuviera una afinidad profunda con los valores culturales de España, cuyo sentido captó y comprendió, a pesar de sus críticas de los defectos y las frustraciones hispánicas.

Cuando llegó la guerra estos sentimientos se pusieron a prueba y en sus *Memorias* cuenta que el tema se discutió entre los catedráticos y motivó cierto disgusto con uno de sus maestros, el filósofo William James, quien apoyó la causa de su país cuando Estados Unidos afirmó que defendía la independencia de los cubanos y buscaba liberarlos de la cruel administración de España, pero que reaccionó indignado cuando la ocupación de las Filipinas y Hawai desnudó la codicia y la corrupción imperialista de los Estados Unidos.

En cuanto a la guerra y con un criterio realista, Santayana la consideraba como un ejercicio del poder político que se venía practicando desde tiempos inmemoriales y que, en este caso, había sido posible en razón de la decadencia española. Así escribió:

Para mí la tragedia estaba más en la debilidad de España que en la prepotencia de los Estados Unidos: el tío Sam habría seguido considerando iguales y libres a todos los hombres si los demás hubieran sido tan fuertes como él. Con todo, la debilidad de España proviene de una quijotesca fragilidad debida a la tragicómica desproporción entre la carne y el espíritu. Los recursos del país y de la gente no sería materialmente desdeñables si los admi-

⁹ William F. Maag, en Irving Babbitt; *Man and Teacher*; Ed. by Frederick Manchester & Odell Shepard, New York, G. P. Putnam and Sons, 1941, 84-85.

nistraran discretamente y los destinaran a desarrollar en su suelo, bajo la inspiración indígena y para el alma, una vida austera, apasionada e inteligente. El imperio ultramarino español había tenido sus tiempos de gloria, y su fin, por muy ásperamente que se recortara sobre el fondo de mis recuerdos familiares, me pareció casi un alivio. No soy de los que sueñan con una futura América española sujeta a la influencia de la madre patria. Que la América española y la América inglesa sean todo lo originales que puedan ser: ni lo mejor de España ni lo mejor de Inglaterra pueden emigrar¹⁰.

El ejercicio del poder norteamericano a través del intervencionismo en Cuba era, pues, inevitable en un mundo en el cual la fuerza dominaba las circunstancias políticas y, hasta cierto punto, probaba el «honesto entusiasmo y la vitalidad» de los Estados Unidos, pero era inaceptable que este país se considerara como una especie de maestro que empezara a corregir, a palmetazos, la conducta del vecino. Así explicaba en otro texto:

En 1898 los Estados Unidos estaban ensayando el dominio sobre la América tropical y dispuestos a organizarlo y legalizarlo. Este dominio servía a sus intereses comerciales y militares y a sus pasiones imaginativas, y esos antecedentes y esa utilidad hicieron que la intervención fuera, antes o después, inevitable. Cualesquiera que fueran el lenguaje o hasta los pensamientos de individuos, el fin implícito era la dominación¹¹.

La frialdad distante con que el filósofo contemplaba los hechos históricos no impedía una simpatía cálida por España y cuando se supo de la destrucción de la armada española del almirante Cervera en Santiago de Cuba por la poderosa flota del almirante Sampson, el 3 de julio de 1898, comenzó a escribir un largo poema, *Spain in America*, cuyo subtítulo decía, específicamente, «Escrito después de la destrucción de la flota española en la batalla de Santiago en 1898». El poema fue concluido y publicado en 1901 pero antes, cuando se anunciaba el tratado que cerraría la contienda –10 de diciembre de 1899–, había viajado a España y en Ávila se había solidarizado con la pena y la amargura de los derrotados.

El poema de Santayana está compuesto por cuatro partes de 270 versos divididos en treinta estrofas de nueve versos cada una. Comienza con la descripción poética de la mañana de la batalla naval y sigue con una evocación de España que comprende su pueblo, su estirpe racial desde la época de los bárbaros, la llegada del Imperio Romano y luego del cristianismo, al

¹⁰ George Santayana: En la mitad del camino, Buenos Aires, Sudamericana, 1946, 234-235.

¹¹ *Ibidem*, 237.

cual confronta con la invasión de los árabes en un cruce de culturas y religiones.

Prosigue con las hazañas de Colón y los conquistadores en el Nuevo Mundo, donde la codicia y el afán de ilusorias riquezas se fundieron con el sentido religioso que Santayana pondera como símbolo central de la empresa en la cual España puso cuanto tenía: fe, conciencia, idioma. Por último, trata de la decadencia y la derrota ante la fuerza de sus enemigos, aunque salva la esperanza frente a un futuro incierto:

Y ahora tras sus murallas reclusa
 ella espera en silencio la cicatriz del tiempo,
 mientras donde el sol se pone, nueva aurora
 trae del Norte otros nuevos temores y esperanzas.
 Hijos de España en pie, casi cesado el llanto
 vigilan en el cielo desde Cuba hasta el Cabo.
 ¿Qué paloma o qué águila es esta que aparece?
 se dicen, ¿o qué heraldo, de qué mañana, envuelve
 los picos de los Andes de amor, desdén o engaño?¹².

Sin aludir a la guerra con Estados Unidos ni al desastre naval, el núcleo conceptual del poema de Santayana está en el homenaje a España y su historia, en la comprensión de sus faltas y debilidades purgadas en la derrota. Del mismo modo hay una valoración de la dimensión espiritual y cultural de la huella que dejó en Hispanoamérica. Santayana hizo conocer su poema en una velada de la Fraternidad Phi Beta Kappa, de Harvard, en la mañana del 27 de junio de 1901 y luego lo incluyó en su libro *A Hermit of Carmel and Other Poems*¹³.

Está claro que, a pesar de sus reflexiones históricas y del fatalismo con que juzgaba el triunfo de Estados Unidos y la derrota de España, en Santayana quedó una herida más profunda, puesto que casi simultáneamente escribió otro poema: *Young Sammy's First Wild Oats; Lines written before the Presidential Election of 1900*, aludiendo a la reelección que llevó al poder al presidente Mackinley, asesinado poco tiempo después, en 1901.

¹² La traducción es del poeta español J. M. Alonso Gamo, en su obra *Un español en el mundo. Santayana; poesía y poética*, Madrid, *Cultura Hispánica*, 1961. Además de numerosos poemas, en versión original y traducidos, contiene un estudio amplio de su pensamiento y su obra con atención especial a las relaciones con España. Sobre el españolismo del filósofo de Harvard, apenas considerado en los numerosos estudios sobre su vida y su obra, se puede consultar mi trabajo, citado en la nota 6.

¹³ *The Complete Poems of George Santayana; A Critical Edition. Edited and with an Introduction by William G. Holzberger*, Lewisbur-London, *Bucknell University Press-Associated University Presses*, 1979, 55-56.

Este es un poema muy distinto del anterior: una sátira de las pretensiones del joven Sam, heredero del Tío que ha muerto y lo ha dejado en libertad para ejercitar sus relaciones picarescas con jóvenes hispánicas –Cuba, Puerto Rico, las Filipinas– y, como consecuencia, las desdichas de esas aventuras juveniles. La mala conducta del joven Sam es descubierta y juzgada por el Deacon Plaster y el Doctor Wise, cuyas exigencias severas muestran la farsa de las pretensiones culturales, religiosas y sociales del joven Sam. Tanto el tono farsesco como la ironía de las situaciones muestran la total desconfianza de Santayana frente al discurso civilizador y moralizante con que Estados Unidos quería presentar sus maniobras políticas. Este poema también fue leído en otra fiesta de la Fraternidad Signet y luego de ser publicado en la revista universitaria *The Harvard Lampoon*, fue recogido en el libro antes citado.

Tanto Babbitt como Santayana representan distintas actitudes de los intelectuales universitarios frente a la guerra de 1898. Disidentes con el ambiente triunfalista de entonces y aunque no eran políticos, el primero suscribió la tópica crítica de España que hacen los anglosajones pero el segundo manifestó una solidaridad con su herencia hispánica y, sin participar en las polémicas con los imperialistas, su opción por la poesía fue la forma entrañable de sus sentimientos más profundos. Ninguna de las dos reacciones fueron epidérmicas o superficiales y por ello se citan en el marco de un panorama que muestra otras facetas de gran interés.

Los periodistas y la prensa amarilla

En todos los estudios históricos se ha subrayado la importancia que tuvo la prensa norteamericana como impulsora y animadora del intervencionismo imperialista. Para Allendesalazar, por ejemplo, «La influencia de los medios de información en el conflicto con España es decisiva»¹⁴; del mismo modo señala que en ese momento se había producido una verdadera revolución del periodismo norteamericano y que había surgido un estilo nuevo, caracterizado por la feroz competencia en la búsqueda de más lectores, mediante la explotación escandalosa y desprejuiciada de los acontecimientos.

Esa prensa, sobre todo la de New York, requería guerras, accidentes, sucesos policiales, catástrofes y luchas políticas que conmovieran a los lectores, y no había límites para la avidez de periodistas cuyo éxito se medía por la

¹⁴ Allendesalazar: Ob. cit., 87.